

to que lo indujo a escribirlo. Hay, pues, en el amor por la mujer, y siempre en iguales proporciones, mucho de dolor, pero igualmente, mucho de gloria. Sin embargo, y como trágica ironía de la vida, el amor, y su objeto glorioso, la mujer, sólo empiezan a ser comprendidos por la mente y el corazón cuando ya el cuerpo empieza alejarse de su maravillosa percepción. Ésta es la enseñanza que tal vez quiere transmitirnos el autor de *Pandora* a través de las palabras de Félicien Rops.

ELKIN GÓMEZ

La felicidad sólo está en los estadios, ¡y no todos los domingos!

De tripas corazón.

Una novela berracamente espiritual

Daniel Samper Pizano & Jorge Maronna

Bogotá, El Áncora Editores, 1999, 183 págs.

Así como dos grandes escritores, Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, pudieron escribir a cuatro manos libros infames e inventar por lo menos a dos escritores execrables, Isidro Parodi y Bustos Domecq, asimismo dos execrables escritores, Daniel Samper Pizano y Jorge Maronna, han podido escribir a cuatro manos tres libros, y el resultado se parece mucho a algo de Borges o, cuando menos, de Bioy Casares, o, en el peor de los casos, de Fontanarrosa, aunque en avanzado estado de ebriedad. Y es que se trata de dos escritores tan malos, que el mejor consejo que un crítico puede darles es que se metan de humoristas, donde con el sentido del ridículo que poseen podrían tal vez triunfar.

Pero, bromas aparte, no he parado de reír en buena parte de este —por lo menos hasta la mitad— delicioso libro, y eso que el malhumor

reina por estos días en mis prejuicios y aproximaciones a la mayor parte de las novedades literarias que me caen entre manos, vengan de donde vinieren... Pero este libro, esencia de ingenio americano, como dirían Rodó o Vasconcelos, tiene que ponerlo a uno de humor, pues, como escribió Germán Arciniegas, “nosotros somos tan grandes humoristas como los ingleses, o como los escandinavos. La única diferencia es que mientras en el norte hay buen humor, aquí, por debajo del Trópico de Cáncer, hay mal humor”.



Y es que Argentina y Colombia han hecho siempre buenas migas en este aspecto de no tomarse la vida demasiado en serio. Recuerdo que en alguna de sus numerosas entrevistas Jorge Luis Borges dijo a su entrevistador:

—¿Quiere usted saber lo que en verdad es el humor? Vaya a Colombia. Allí sí que saben lo que es eso.

Y era perceptivo el argentino, así como, un siglo atrás, don Miguel Cané. Y es que el humor bogotano tiene una extraña simbiosis con el argentino, un amplio sentido del ridículo, una no ocultable estirpe de fino repentismo inglés (recuérdese que los argentinos fueron los ingleses de América hasta la guerra de las Malvinas).

De tal manera que en este libro no se sabe a ciencia cierta quién escribió tal o cual página. Lo único evidente es que el berracamente debe ser de Maronna y que el espiritual debe ser de Samper. Dos bur-

las sutiles y ocultas de cada uno a la nacionalidad del otro.

Y si de hablar de influencias se trate, tal vez *De tripas corazón* parodia el famoso *best seller* de Gaarder, *El mundo de Sofía*, y el estilo recuerda demasiado las novelas de Fontanarrosa, porque, aunque no se sepa en Colombia, también las hay, y trae a la memoria igualmente, pero con otro tema, las *Lecciones de histeria de Colombia* del propio Samper, así como los innumerables apuntes entre cultos e ingeniosos de los no menos célebres Luthiers. Para la muestra un botón: “... ora a babor, ora a estribor, ora *pro nobis*”, que recuerda el famoso *pubis pro nobis* de un viejo disco luthierano de 1973 (tal vez soy ya indiscreto con las fechas, así como con la edad de las mujeres).

Y es que los autores son de clara estirpe y religión luthierana (por Maronna) y calvinista (por Samper), de los pies a la calvicie. De modo que ambos resultan protestantes, por lo cual sería adecuado enviarles la fuerza pública para disolver de algún modo sus presuntas manifestaciones literarias.

Y como buenos protestantes que son los autores, el libro puede ser mirado, entre otras innumerables cosas, como una reflexión contra la intolerancia religiosa:

“Todos perseguían la felicidad, pero, para alcanzarla, se perseguían sin cuartel los unos a los otros”, dice por ahí. O bien, aquellos “conformaban un pueblo religioso pero muy violento, lo cual suele ocurrir con frecuencia”.



Eso me recuerda, aunque poco tenga que ver con el tema, pero no importa, que en estos días he estado leyendo a Jeffery Jay Lowder, de quien no he podido saber si es un humorista que reflexiona sobre problemas teológicos o un teólogo que tiene sentido del humor. Y he encon-

trado en él reflexiones preocupantes: “Si los fundamentalistas están en lo cierto, ¿entonces todos los no fanáticos están en el Infierno!” O esto, no menos inquietante: “Si Jesús es la respuesta, ¿entonces cuál era la pregunta?”.



Es cierto que el libro empieza a trompicones en la Obertura, pero ya hacia la página 20 estamos muertos de la risa. Y allí viene la mejor parte. El libro es mucho mejor al principio. Tristemente, al igual que muchos partidos de fútbol, se irá deteriorando en el segundo tiempo, cuando los autores se dedican a guardar el resultado. Pero *De tripas corazón* es muy bueno... por lo menos hasta la mitad.

El recorrido por el mundo de los filósofos es de una hilarante perfección. Creo que vale la pena sumergirse en él junto con El Viajero que busca la perfección espiritual y la Respuesta definitiva. Allí conoceremos a “un tal Tales, matemático y astrónomo, que era uno de los Siete Sabios de Grecia, probablemente el quinto o el sexto, pero que poco a poco mejoraba su posición en la tabla” y viviremos momentos dignos de reventar de risa cuando Pitágoras enseñe el Pi a El Viajero. Tendremos un encuentro con los presocráticos, a quienes los íntimos amigos llamaban cariñosamente “los presos”. “Los presocráticos se distinguían —dicen los autores— porque, a pesar de ser unos tipos muy agudos, casi todos tenían nombre esdrújulo, hecho que no les parecía nada grave”. Pasearemos por Atenas con los perripatéticos, llamados así porque paseaban a sus perros mientras discutían. De aquellos, los que perdían en las discusio-

nes eran llamados simplemente los patéticos.

Hay momentos notables, como cuando Mahoma parte de Hégira y El ingenuo Viajero pregunta que si se fue “de gira”. Encontraremos un corolario a la famosa sentencia de Heráclito, nadie se baña dos veces en el mismo río: “Es más: en Grecia nadie se baña dos veces en el mismo mes”.

Visitaremos a Empédocles, “de quien se decía que era mago, que hacía milagros con las estrellas y que controlaba los vientos. El Viajero se preguntó que si esto último era verdad, entonces por qué lo llamaban Empédocles”. Sabremos algo importante de Tomás de Aquino: “Aunque era noble, rico, muy gordo y napolitano, lo cual le habría garantizado un empleo como tenor, Tomás de Aquino había escogido estudiar a Dios”.

Y leeremos, entre otras muchas, la presentación de un filósofo alemán:

—*Hello, I Kant.*

—*I'm sorry, you can't* —lamentó El Viajero.

Sabremos además que el descubrimiento de América fue hecho, mucho antes de Colón, por Leif Erikson, y que lo que sucedió es que su descubrimiento no fue homologado “porque Leif olvidó llenar algunos formularios y someterse a la prueba antidopaje”.

Luego aparecerá Aleco, el niño de la Patagonia, que pronto será universalmente conocido como aleco@patagonet.ar. “Dura es la tarea del sabio, dirá más adelante el niño, cuando tiene buzón en Internet”. En adelante el libro transcurre en la Patagonia, y se convierte en una reflexión acerca del Tonto Emocional y de la Inteligencia Estomacal (que, a propósito, profesa valores éticos rigurosos, presidida por El Recto).

El único problema es que a partir de algún momento, no he podido dilucidarlo bien, Aleco, el niño santo y El Viajero y Fátima (los tres personajes principales) se mueren, se quedan sin vida, denunciando una vez más que los autores no son novelistas sino humoristas, lo cual

evidentemente no es lo mismo, porque el novelista es capaz de sostener su obra en mundos menos risueños pero igualmente poderosos, el de la tristeza, el del diálogo, el de la aventura, el del monólogo interior, y nada de eso aparece aquí. Samper y Maronna escribieron lo que tenían que escribir, dijeron lo que tenían que decir y después se dedicaron a tomarse el pelo en medio de unos e-mails agónicos que se notan demasiado y que permiten —maravillas de la tecnología y desgracias de la literatura— la escritura a cuatro manos “desde cualquier lugar del mundo” y que intentan rescatar a los murientes personajes que se van desmoronando como un castillo de naipes en la mitad de la Patagonia, tan fríos como ella misma.



Claro que hay aquí y allá rasgos admirables de buen humor, apuntes certeros, chistes repentinos de factura impecable y efectiva, como la parrafada acerca del perro de Pavlov, en la página 119 o la defensa del ñandú como mamífero en la pág. 148 o la presencia del contradictor: “Mi defecto, que en el fondo es una virtud, es que permanentemente me contradigo a veces. Por fortuna tengo la desgracia de que sólo me desmiento en temas muy importantes, de demostrada superficialidad”. Pero estos rasgos son aislados. El conjunto, como las selecciones de fútbol cuando se les pierde la brújula, se va a pique, y queda un desteñido equipo que intenta a todo trance llegar al final de los noventa minutos botando la pelota para cualquier lado, evitando la goleada, con lo cual se pierde hasta el sentido del humor, de tal manera que pareciera que la redacción de las últimas páginas hubiera sido encargada a Benedetti o a

Galeano o a cualquier otro escritor uruguayo.

Por fortuna, aquí está el fútbol, que todo lo redime. Este es un mundo en el que reina el fútbol, en el que el catorce es un número mágico, pues era el de Johann Cruyff, y no parece que escribiera Maronna sino Maradona, ni Samper, sino el Tino Asprilla.

La edición es cuidada, al principio. Porque ella también evoluciona —o involuciona— y si al final a los autores se les estaba acabando el humor, por lo menos en mi ejemplar parece que a los editores también la tinta.

Para finalizar, es preciso resaltar algo muy importante. *De tripas corazón* es el primer libro de filosofía en el cual se encuentra una respuesta al sentido de la vida. Lo cierto es que los autores encontraron sin quererlo la Respuesta, la Clave, el Meollo, la Revelación, el supremo sentido de la vida que andaban buscando desde el principio del libro, en realidad desde el principio de “todos” los libros, pero, como a veces sucede, no se dieron cuenta y siguieron derecho. Está por ahí, escondida, en la página 159: “La Felicidad sólo se encuentra en los estadios, y no todos los domingos”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Tocando la miseria de los héroes

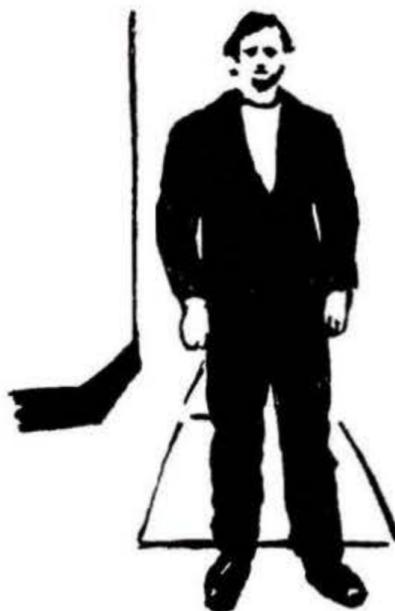
El insondable

Álvaro Pineda Botero

Planeta, Bogotá, 1997, 459 págs.

Me resulta muy difícil encuadrar esta novela de Álvaro Pineda Botero en el marco de las obras literarias dedicadas al Libertador. Me parece que los acercamientos literarios a Bolívar han gozado, en términos generales, de poca fortuna. Y es explicable que así sea. La grandeza de los héroes será siempre tema “litera-

rio”. Así, del panegírico al himno, todos los Aurelios Martínez Mutis que andan por ahí desperdigados, los discursos sempiternos de las academias, las arengas populacheras del congresista, del candidato a la presidencia de la república o del guerrillero. Tocar la miseria de los héroes resulta blasfematorio, más si tenemos en cuenta la pacatería de medios intelectuales dominados por medievales anacronismos y por la casi completa carencia de un aparato crítico de calidad. Apenas si se le permite el acercamiento al mito a otro héroe reconocido entre los *idola forum* —a un García Márquez por ejemplo—, sumergirse en esos pantanos en busca del hombre perdido que nadie quiere hallar en el fondo, no vaya a ser que se desvele que el que se supone es el más grande de todos nosotros nos haga empequeñecer aún más dentro del concierto de las naciones mediocres.



Y si a ello vamos, es notable observar de qué manera el tema Bolívar cambia de algún modo a los escritores. Con el Bolívar de *El general en su laberinto* (1989) se alcanzó, a mi parecer, el punto más bajo en toda la obra de García Márquez, así como con *El último rostro* (1978), uno de los buenos momentos de Mutis, aunque tampoco está mal lo de Germán Espinosa alrededor de Bolívar, esa *Sinfonía desde el nuevo mundo* escrita para convertirse en frustrada serie de televisión y en la cual acaso quiso Espinosa parodiar a sus aborrecidos “escritores comer-

ciales” (léase de nuevo García Márquez, Mutis...) y nos dio un agradable episodio conradiano luego del sopor in-sopor-table de obras como *El signo del pez*.

La ceniza del Libertador (1987) fue el intento de Fernando Cruz Kronfly de darnos a otro Bolívar novelesco. Cruz Kronfly es un escritor que merece más atención de la que se le ha prestado. Culto y refinado, ha dejado una obra coherente y por momentos de gran calidad literaria, aunque no creo que sea tal el caso en su acercamiento a Bolívar, que, en mi opinión, resulta farragoso y confuso.

Andrés Hoyos ha sido el primero que haya conseguido dar una atmósfera diferente y desempolvada a la época bolivariana en *Conviene a los felices permanecer en casa* (1992), aunque no se trate, en estricto sentido, de un libro bolivariano. Pero sí es un estilo que merecería la literatura sobre el Libertador.

Pero el libro que hay que acercar más a éste de Pineda —por el tema si no por el estilo— es, necesariamente, el de Uslar Pietri, *La isla de Robinson*, tan elogiado precisamente por García Márquez y, acaso también, el del venezolano Denzil Romero, que encuentro más pobre y lejano.

Después de tantos libros recientes acerca de Bolívar, cabe preguntarse si es válido seguir ahondando en el tema cuando el propio Libertador confiesa en estas páginas que no ha escrito sus memorias porque ya existen demasiados textos sobre él y sobre su obra. Aun así, Pineda ha dedicado seis años de trabajo en Bogotá, Viena y Londres, a este libro curioso y extraño... Porque el de Pineda es un libro curioso y extraño en varios sentidos. No es que sea experimental o muy posmoderno ni que se extravíe en los meandros de la linealidad del relato. No; de hecho, es bastante lineal en el fondo. Y como no quiero hablar de metacontenidos ni en jerga posmodernista, diré simplemente que es una interesante novela, sí, pero que también es una interesante biografía, acaso un poco libre, pero muy ceñida a los hechos.